

Salúdalo, que es notorio
Que por él sé de botica.

Y aunque no sepa gran cosa,
Al menos yo te aseguro
Que en caso de grave apuro
Puedo hacer agua de sosa.

A todos, sin excepción,
Cuantos se acuerden de mí
Les dirás que sigo aquí
Bien y á su disposición.

Y ya con esto despacho,
Pues te he escrito mucho, mucho.
Adiós, mi querido Lucho,
Te dice tu amigo

NACHO.

LETRILLA DE CIRCUNSTANCIAS

Si quieres de un modo fácil
Mostrarte más liberal
Que Rousseau, Guillermo Tell,
O Robespierre ó Marat,
Bastará, sin que te apures
Por parecer racional,
Con fingirte más ateo,
De menos credulidad,
Que Ingersoll entre los *yankees*,
O en Francia el Barón de Holbach,
Y que te declares víctima
De clerofobia mortal,
Siendo más intolerante,
Más sañudo y suspicaz,
Con fraile, cura, presbítero,
Monaguillo ó sacristán,
De lo que fué Torquemada
En el Santo Tribunal
Con judío, con morisco
O un hereje contumaz.

Y si sabes que algún clérigo
 Visita en la vecindad
 Donde habitas, al instante
 Múdate sin vacilar;
 Y si un conocido tuyo
 Tiene con él amistad,
 No lo trates, ni lo veas,
 Ni un saludo ¡ voto á San!...
 Huye de las tentaciones
 Del partido clerical.
 Mira que son el demonio,
 El mismísimo Satán,
 Los que ejercen el oficio
 De Don Opas y Caifás,
 Y un gobierno progresista
 Debiera luego ahorcar
 Al último de los frailes
 Con el tubo intestinal
 Del último de los curas,
 Para hacer un ejemplar.

¿ Transigir con el bonete,
 Con la mitra episcopal?
 No, señor, ni de mentiras,
 Ni de pura urbanidad;
 Que es poner en gran peligro
 La Constitución y en gran
 Compromiso la Reforma,
 Patria, honor y libertad;
 Es pasarse al enemigo
 Como el Conde Don Julián!
 Porque todo fiel patriota
 Obligado siempre está,

Sin excusa ni pretexto
 Y de corazón, á odiar
 Al clérigo por ser clérigo,
 Al abad por ser abad,
 Aun cuando Hidalgo y Morelos,
 Matamoros y otros más...
 ¡ Qué demonio! al fin salieron
 Del gremio sacerdotal.

Aplicando esta doctrina
 Con toda severidad,
 No sólo á la clerecía,
 Sino al hombre en general,
 Dirás que traición comete
 En la tregua el militar
 Cuando trata afablemente
 Del contrario al oficial,
 Y prevarica el letrado
 Que en ardiente lucha está
 Con su adversario forense,
 Si va con él á almorzar.
 Tales son hoy los principios,
 Y así lo exige el ritual.
 No te alucines tomando
 Esto por vulgaridad
 De gentecilla ignorante,
 De cualquier pelafustán;
 Mira que así nos lo enseña
El Monitor, ¿ quieres más?

Pues yo pudiera citarte
 Otra grave autoridad,
 Aunque de distinta especie,

De una especie sin rival.
 Un gran centro-americano,
 Un gobernante sin par
 Daba palos que era un gusto,
 Como no los da el Sultán
 (Que en cuanto á dar otra cosa
 Era más ducho en tomar)
 Y por ser pródigo en palos
 Le decían liberal.
 Mas aunque tan generoso
 Con todos en golpear,
 Prefería en lo posible
 Al cura y al sacristán,
 Mostrándoles en palizas
 Mayor liberalidad:
 El, libertad no entendía
 Sin furia anticlerical.

Sigue, pues, tan alto ejemplo
 Y observa con nimiedad
 La clerofóbica regla
 Que así te obliga á pensar:
 "Tolerancia es tontería
 Y música celestial
 En principio, y en la práctica
 Crimen atroz si los hay.
 Huye ese abismo y si pecas
 En punto á no tolerar,
 No peques por moderado,
 Peca por carta de más."
 Así serás consecuente...
 Con el *Diario del Lugar*
 Que lanza justos reproches

A Romero y Mariscal
 Porque asistieron ¡ infames !,
 Al banquete arzobispal,
 Y hasta brindaron ¡ traidores !
 Con vino de consagrar,
 Deseando al buen Don Próspero
 La mayor prosperidad.

Y uno de ellos (¡ caracoles !
 ¿ Hay mayor barbaridad ?)
 En un sermón panegírico
 Que hizo á la gente llorar,
 Habló bien de Labastida,
 Aquel Regente imperial
 Que ni entonces ni después,
 Como quien dice *jamás*,
 Hizo nada ni siquiera
 Excusable. A la verdad
 El interesado muestra
 Que sólo habló del actual...
 Sin aludir al difunto,
 Pues ni hubo oportunidad;
 Mas un reporter de *El Tiempo*
 Dice que lo oyó contar,
 Y *El Monitor*, que no yerra,
 En su oposición á *utrans*
 (Como suena) ha reparado
 Que, en punto á veracidad,
 Ninguno cree á un Ministro,
 A no ser ministerial.

Así es que en el otro Diario
 Diz que un señor Barragán,

Muy conocido sin duda
 En toda la cristiandad
 (O fuera de ella, en el círculo
 Ultra-constitucional),
 Ha dicho que es indudable,
 Y él lo puede asegurar,
 Que ha perdido la chaveta
 El Ministro—claro está—,
 Y pide que á San Hipólito
 Lo lleven por caridad.
 Así lo declara en forma
 Testigo tan imparcial,
 ¡Y nadie atiende su dicho!
 ¡Oh injusticia, oh ceguedad!
 Y el Ministro continúa
 Viviendo como si tal...
 ¿Dónde estamos, compatriotas,
 En México ó en Tetuán?

DECLARACION PERICIAL
 ACERCA DE UN ESQUELETO

Quizá recuerden algunos que, durante el proceso instruído por desaparición criminal de Concepción Hernández, se exhumó una osamenta en el vecino pueblo de Nonoalco, en el lugar donde se suponía, años atrás, cometido el crimen. Examinados los huesos por varios peritos, disintieron y disputaron todos ellos respecto al sexo, edad y raza del individuo á quien pertenecieran esos restos, no menos que sobre el tiempo que llevaban de enterrados, si el difunto tenía todos sus colmillos, etc., etc. Hubo, además, algún sobrante al armarse el esqueleto. Todo esto, como lo publicó la prensa, dió margen á la siguiente composición humorística:

Tras un estudio prolijo,
 Mi leal saber y entender
 Me dice que esta osamenta
 Que mandó exhumar el juez,
 Fué en otro tiempo de un hombre,
 O acaso de una mujer,

India pura, ó bien mestiza,
 Uno ú otro, ¿yo qué sé?
 Pero de estirpe curiosa,
 Nunca estudiada tal vez.

Bien pudo ser un nonóalca,
 Si no vino del Petén
 Y era maya ó lacandón,
 O ¿quién sabe si quiché?
 —¿Qué tiempo estuvo enterrado?
 —Unos dos años ó diez,
 O lo estaría por siglos,
 Cual debemos suponer,
 Si ha sido contemporáneo
 De los hijos de Noé.
 —¿Su edad?—No es fácil decirlo,
 Fué de... ¡Vaya usted á saber!
 Diez y ocho años ó cincuenta,
 O los de Matusalem.

Así, aproximadamente,
 La ciencia nos lo hace ver,
 Que el sabio nunca adivina,
 Ni hace de brujo el papel.
 —Cuántos dientes tuvo en vida.
 El esqueleto no es
 Cuestión que á bóbilis bóbilis
 Hoy se pueda resolver.
 Sancho Panza ó Don Quijote
 Preguntó: "Vuestra Merced,
 Ya que de muelas se trata,
 ¿Cuántas solía tener?"

Pues yo con igual prudencia
 He de averiguar también
 Cuántos colmillos tenía
 Ese hombre ó... ¿cómo diré?
 Porque si fué Concha Hernández
 Claro está que tuvo tres,
 Y si no, sólo Dios sabe
 Con cuántos pudo morder.

* * *

Aquí los huesos me sobran
 Para las piernas y pies,
 A menos que fuera trípodo
 Tan enigmático ser.
 ¿Quién quita? Nada sabemos
 De su raza, y así es que
 Más de dos piernas tendría:
 ¿Gentes con cuatro no veis?

La ciencia no se aventura
 Al darnos su parecer,
 Ni busca tres pies al gato,
 Para no dar un traspié.

Mas la cuestión *palpitante*
 Es la cuestión *de saber*
 (Como diría algún sabio
 Hablando medio francés)
De saber, repito, el nombre
 De esa india ó lo que fué,
 Si Concepción le pusieron

O Bárbara ó Isabel
 Al darle el santo bautismo...
 Si la bautizaron, ¿eh?
 Lo cual un padre en la crisma
 (Aun siendo al anochecer)
 Ha de conocerle al punto
 Por la cruz que allí se ve.

En fin, del todo ignoramos
 Si era un cacique ó un rey,
 Un topil ó un tiquitlato,
 O algún mozo de cordel,
 O una reina bien vestida
 Con la tela del maguey,
 Joven, vieja, linda ó fea;
 Si era macho ó hembra, ¿ó qué?

.....

La ciencia no sabe nada
 Y nos deja en un Belén.
 Hasta aquí yo he declarado,
 A su alta doctrina fiel;
 Ahora va lo que dijo
 Un *medium* que hipnoticé.
 Unos dirán: "Disparate"
 Otros dirán: "Puede ser";
 Mas sólo el *medium* lo entiende
 Y supo explicarlo bien.
 Así me habló: "El esqueleto
 A un tiempo es uno y son tres,
 Y, completo hermafrodita,
 Tiene de hombre y de mujer;

Que en parte fué de Juan Diego (1)
 Y en parte de Doña Inés,
 La que amó Don Juan Tenorio
 Con amor de Lucifer.
 Vinieron de ella unos huesos
 En el siglo diez y seis,
 Trayendo á México el sacro
 Un fraile de la Merced.
 Los demás, no cabe duda
 Y hasta los ciegos lo ven,
 Son huesos de la Malinche,
 La querida de Cortés."

Así lo dijo el espíritu
 Y, ó reventar ó creer.

- (1) Del indio glorioso
 hablamos que fué sobrino
 del otro, Juan Bernardino,
 poco menos milagroso.
 Los dos bienaventurados
 en su clase, ya se entiende,
 al cabo indios, y por ende
 no fueron canonizados.

HUMORADAS PLEBEYAS

ARISTOCRACIA DE SANGRE

“Son los vizcondes unos condes bizcos”,
Según lo dice el inmortal Quevedo,
Y yo diré muy quedo
Que no llegan á condes ni á pellizcos;
Y aun cuando por el nombre se asemejan
A los condes, serán, si se cotejan,
Lo que son á los blancos los blanquizcos.

En cuanto á los barones,
Son menos todavía, y tan pelones,
Que, escribiendo con b su noble título,
Hay quien no tiene título bastante
Para ser un varón de v consonante.
Mas doblemos la hoja.—Otro capítulo.—

En vano ¡oh Julio! la verdad escondes,
Y á lo que pruebo llamas desatino;
No valen un comino
Los Duques, los Marqueses y los Condes.

Te doy cuatro semanas y aun dos meses
A fin de que me expliques lo que valen,

O bien de dónde salen
Esos Duques y Condes y Marqueses.

Y por más que los hechos me trabuques,
Verás que se fabrica de la pasta
De que son los palurdos, esa casta
De Condes, de Marqueses y de Duques.

Con armas y con todo
Han sido hechura de ese mismo lodo
De que hizo Dios á nuestro padre Adán,
Padre común del noble y del patán.
Resulta, pues, que á todos los mortales
En substancia el Señor nos hizo iguales;
Mas como en opinión de Sancho Panza
(Y es cosa cierta, aunque parezca chanza),
No son las gentes como Dios las hizo,
Sino á veces peores
(Verdad que sin temor yo garantizo),
Sucede que esos ínclitos señores
A los toscos y rudos ganapanes
No sólo iguales son, sino inferiores;
Porque estos infelices, desde luego,
Ganan el pan bregando,
En tanto que los otros haraganes
Sólo ganan al juego,
O adquieren, heredando,
Lo que gastan en vano desperdicio,
Cuando no lo derrochan en el vicio.

Será, pues, de mal gusto,
Será un gusto ordinario;
Mas yo mejor moviera el incensario

Ante el sano y robusto
 Cuerpo de un jornalero,
 Magüer que fuese estúpido y grosero,
 Si allá me conducía mi desgracia,
 Que no ante el poderoso
 Relamido señor, miembro orgulloso
 De añeja y linajuda aristocracia.

ARISTOCRACIA DEL DINERO

Gran preocupación es la nobleza,
 Pero suele tener un *noble* origen;
 Ya un acto de valor, ya la grandeza
 De ánimo en servicio de la Patria,
 (O del Rey, que para ellos es lo mismo)
 Son relevantes títulos que erigen,
 O más bien erigían
 En alto personaje á algún guerrero
 Y aun al pobre pechero,
 Bien que estos desdichados no tenían
 Sino muy rara vez la coyuntura
 De escalar esa altura.

Tributo ha sido, pues, al patriotismo,
 Cuando no á la lealtad al fanatismo
 De servir al señor en sus mesnadas,
 O en calidad de paje, ó de escudero,
 O combatir con reluciente acero
 Por el Santo Sepulcro en las cruzadas.

Todo esto y la firmísima creencia
 En la *ley de la herencia*

Que, según lo que Darwin nos explica,
 Sin excepción se aplica
 A todas las especies de animales,
 Hacía que se viera como objeto
 De profundo respeto
 Y arriba del común de los mortales,
 No tan sólo al valiente ó abnegado
 Que hubiera sido ya recompensado,
 Sino á su hijo, y su nieto, y su biznieto,
 Por más que fuera un títere dorado
 O algún pillo de cuenta,
 Que el lustre del abuelo y sus blasones
 Duraban veinte y más generaciones.

Posible es, en verdad, que, por orgullo
 De raza, alguna vez se abstenga un noble,
 Si no de vicio ó crimen, de ruindades
 Que puedan parecer vulgaridades.
 Lo que es mayor calamidad y doble
 Preocupación, ó más grosero engaño
 Que la de sangre, tonta aristocracia,
 Tan orgullosa antaño,
 Es la que priva hogaño
 De dinero no más, la plutocracia.

Que el pobre, habiendo menester del rico,
 Lo adule y se le humille reverente,
 Triste cosa será, pero se explica.
 Mi duda es diferente:
 ¿Cómo explicar que el hombre independiente
 También se postre ante la gente rica?
 ¿Qué gracia tiene acumular dinero
 Un mercachifle, un bestia, un usurero?

¿O es un talento raro
 Comprar á bajo precio y vender caro,
 Con ciertos negocitos en la lonja
 Que no admiten escrúpulos de monja?
 ¿O piensa mucho y se calienta el morro
 El que atesora cual hambriento avaro
 Que exprime las ganancias y, al ahorro
 En cuerpo y alma dándose, materia
 De vida ó muerte lo hace y lo sepulta
 Y su riqueza oculta
 Vegetando en escuálida miseria?
 Y aquí no aludo á medios como el agio,
 La estafa, el robo, el contrabando, el plagio,
 No obstante que de todo hay en la feria,
 Porque al mirar que se improvisan Cresos,
 Ninguno les pregunta ó averigua
 Cómo es que hicieron con industria exigua
 Sus millones de pesos.
 A tan audaz pregunta
 ¡Cuántos ¡ay! de rubor enmudecieran
 Si el rubor esas gentes conocieran!

Mas vamos suponiendo
 Que á fuerza de honradísimo trabajo
 (Lo cual no es un fenómeno estupendo)
 Un hombre allega colosal fortuna
 Sin dilación alguna,
 Y, viendo á sus compinches por abajo,
 Se encarama en los cuernos de la luna.
 Justísimo es que goce de su renta
 Comprando cuanto halague
 Su gusto ó vanidad, y cuánto inventa

El caprichoso lujo, todo, todo,
 Con tal que el precio requerido pague,
 Que el rico de comprar encuentra modo
 Carrozas ó palacios, rancho, hacienda,
 O aquello que mejor le dé la gana,
 No faltando jamás quien se lo venda.

Y si le da por ostentar cultura,
 Veréis que luego en adquirir se ufana
 El cuadro de un maestro, una escultura,
 O bien una acuarela
 De mérito real ó imaginario,
 Comprada en un remate
 Y que él nos dice le legó su abuela.
 Nada hay más natural y necesario
 Para fomento de la industria y artes
 Que buscan protección en todas partes.

Aun puede suceder, y á nadie ofende,
 Que adquiera el rico hermosa biblioteca
 De algún sabio tronado,
 Y se quede embobado
 Sus libros al mirar como un babiaca,
 Sin sospechar siquiera el contenido.

Mas á veces le da la ventolera
 Por comprarse una cruz, una venera,
 Signo exterior al mérito debido,
 Y esto ya me parece tentativa
 De coronarse en nuevo Capitolio,
 Teniendo por segura perspectiva
 Fundar de honra y provecho el monopolio.
 Y no es un caso excepcional ó raro,

Sino antes muy frecuente,
 Lucir ante la Corte un insolente,
 Con cínico descaro,
 Doradas cruces que mercó el dinero
 Cual dijés en la tienda de un joyero.

Así también se compra la nobleza,
 Ya un título de conde,
 De duque ó de marqués, según el precio,
 Que nunca falta dónde,
 Con oro, hacer de un necio
 Un señor titulado, y siempre lo hacen,
 Sin que ya en esto la calumnia quepa,
 Entre otros que yo sepa...
 Ya lo voy á decir, ya se me escapa,
 El Rey de Portugal y el mismo Papa.

Nada, pues, falta á la sin par nobleza
 Fundada solamente en la riqueza.
 (No aludo yo al que, amén de sus millones,
 Se adorna con distintas perfecciones,
 Sino al rico ostentoso y majadero
 Que sólo en su dinero
 Su orgullo funde cual en firme base.)
 Todo lo tiene la opulenta clase
 En este desigual, pícaro mundo:
 Saber, nobleza, mérito profundo,
 Los títulos, y honores, y la herencia
 Que transmite las honras con el oro
 Hasta la más remota descendencia;
 A menos que al señor le dé la gana
 De echar por la ventana,
 Con ínfulas y gloria, su tesoro.

Y aquí tenéis de pronto un correctivo
 Que á falta de remedio más activo
 (Decir cuál fuera el radical excuso,
 O no lo encuentro á mano),
 El vicio del derroche
 Suele oponer al malhadado abuso,
 A la insolente empresa temeraria
 De establecer doquiera á troche y moche
 Nobleza mercantil ó monetaria,
 Prodigando sin tino al opulento
 Honores y homenajes
 A la virtud debidos y al talento.

Aún hay otro expediente
 Con el cual, sobre todo en nuestros días,
 Misterioso el Destino y providente
 Alivia las plétóricas fortunas
 Por medio de sangrías
 Copiosas y oportunas,
 Tendiendo así á curar la plutocracia
 Que hace al trabajador tan poca gracia.
 Procede el sangrador de esta manera:

Tal vez el rico tiene una heredera
 Y en vida le dará cuantiosa dote
 Para legarle, al fin, caudal inmenso.
 Entonces se presenta un tagarote
 Que, á poco de quemarle fino incienso,
 Se la apropia con todas sus pesetas,
 Sin otra habilidad y sin más tretas
 Que unir á la apariencia de un Tenorio
 Algún pomposo título ilusorio
 De Duque, de Marqués ó *Principone*,

Según lo que se entone
 La ambición de la *pobre* millonaria,
 A menos que al echar por el atajo
 Acepte algún vizconde renacuajo,
 Resuelta á no hacer vida solitaria.
 ¡Ah! ¡Cuántos orgullosos europeos
 De sangre azul y nombres resonantes,
 Reducidos á nobles mendicantes,
 Negocian lucrativos himeneos,
 Y, al fin, redoran pálidos blasones
 A fuerza de millones
 De novias ¡ay! hispano-americanas,
 O vanidosas é inocentes *misses*
 Acaso de un oscuro nacimiento,
 Pero que inundan al marido hambriento
 De pesos, y de marcos, y de luises.
 ¡Y cuántas ¡ay! á poco de casadas
 Se llaman á engañadas,
 Y estando á punto de perder el juicio
 Porque el novio se entrega á todo vicio,
 Compran su libertad á precio caro!
 Pues él no admite divorciarse, á menos
 Que se le tengan los bolsillos llenos;
 De otra suerte, no entra por el aro.

Con esa industria la gentil nobleza
 Castiga á la fundada en la riqueza,
 Por su rivalidad, según sospecho.
 No sé si adrede lo hace; mas el hecho
 Es que así le rebaja sus haberes
 Y por ende el funesto predominio
 Con que se burla de hombres y mujeres;

Al próximo exterminio
 De la pureza y el honor conduce,
 Y la igualdad reduce,
 Cuando más, á un simpático problema.
 ¡Qué de males y enojos,
 Reinando el democrático sistema,
 Engendran con su orgullo y sus antojos
 Los ricos ¡ay! que asumen privilegios,
 No de un Crespo ó un Fúcar, sino regios!

Así, acontece en la nación vecina
 (República modelo
 Donde la plutocracia es quien domina
 Y el voto popular le arroja un velo)
 Que hasta Rey un ricacho se titula
 Por la masa infinita
 De los explotadores que lo adula;
 Y reyes hay á cientos y aun á miles,
 Ya de ferrocarriles,
 Ya de la dinamita,
 O bien Rey del carbón, Rey del acero,
 Del petróleo, el azúcar ó el cacao,
 De la turba, el maíz, el bacalao,
 O de otras mercancías
 Vendidas en la Bolsa, y que el Primero
 Hacen del vendedor, el jefe, el amo
 Entre los negociantes de su ramo,
 Y debido á cuantiosas granjerías
 Que, dándole triunfos, llenen su arca,
 Sublímanlo hasta el solio,
 Poderoso monarca
 Por la gracia del *trust* y el monopolio.

Otro, no yo, pondere en la política
Y en todos los fenómenos sociales
El grave daño, el cúmulo de males,
La influencia mefítica,
En gobiernos y pueblos, de esa casta
De reyes y pandillas comerciales
Que influyen con millares de millones;
A mí para esta crítica
Infiero que me basta
Con pocas y someras reflexiones.

Mas, en verdad, no quiero,
Lector, que tú me acuses de ligero:
Por eso, con prudencia y sin malicia,
De tu fallo esperando la justicia,
Donde no cabe el dolo,
Nada resuelvo en la materia y sólo
Te propongo la duda
De cuál es más contraria á los destinos
De la moderna sociedad, del hombre,
Si la nobleza rancia y linajuda,
O la que no se funda en pergaminos
Ni se cuida del nombre,
Sino de los valores y el estanco,
Que hacer procura de oro y metal blanco
Y sus representantes poderosos
Los billetes de banco.

TRADUCCIONES Y PARÁFRASIS